

Disquisiciones respecto de la ciencia, la posverdad y el futuro

Disquisitions regarding science, post-truth and the future

Diego C. Blettler* y Guillermina A. Fagúndez*



Fecha de recepción: 28/10/2023

Fecha de aceptación: 15/11/2023

Introducción

La ciencia no es, como suele pensarse, una construcción moderna. No nace en 1637 cuando el filósofo francés René Descartes publica su “Discurso del Método” (aunque este texto sentara las bases para un abordaje metódico de los problemas). Tampoco reconoce origen en la antigua Grecia, si bien en esos tiempos vivieron inmensas figuras del pensamiento universal; ni siquiera es originaria del antiguo Egipto, aunque la evidencia muestra faraónicas construcciones que sin lugar a dudas necesitaron de respaldo matemático y capacidad de abstracción para sus cálculos estructurales.

Sin desconocer ninguno de los hitos anteriores, ni muchísimos otros aportes científicos fundamentales que vieron su nacimiento en diferentes períodos históricos, se puede afirmar con toda probabilidad que la ciencia -como estructura lógica de representación e interpretación y como método de discernimiento- es mucho más antigua. Al respecto, antes de la revolución neolítica los antiguos cazadores y recolectores necesitaron reconocer huellas, asociarlas con tal o cual animal, datar su procedencia y predecir el momento y lugar indicado para proceder a su caza. Para una cacería exitosa resultaba necesario considerar la dirección de los vientos y la posición del sol que, apropiadamente uti-

* Ing. Agrónomo y Dr. en Ciencias Agropecuarias. Laboratorio de Actuopalinología. Centro de Investigación Científica y Transferencia Tecnológica a la Producción, CONICET (CICYTTP-CONICET)/FCyT-UADER. España 149, E3105BWA Diamante, Entre Ríos, Argentina. Dirección de contacto: blettler.diego@uader.edu.ar

♦ Ing Agrónoma y Dra. en Ciencias Biológicas. Laboratorio de Actuopalinología. Centro de Investigación Científica y Transferencia Tecnológica a la Producción (CICYTTP-CONICET/FCyT-UADER/Prov. E. Ríos).

lizadas, le conferirían al primitivo cazador invisibilidad (visual y auditiva) frente a sus presas, a fin de llegar hasta ellas sin ser descubierto. Otro ejemplo lo constituye el uso de proyectiles (piedras, lanzas o palos con punta) como evidencia sólida de tecnología del paleolítico temprano, que se demuestra, por ejemplo, en los hallazgos de lanzas de madera en Schöningen, Alemania (Thieme, 1997). Evidentemente la construcción de estos artilugios tecnológicos implicó observación, prueba, error y diferentes consideraciones y análisis (método científico), hasta dar finalmente con objetos que fueran livianos, punzantes y efectivos para la caza. También a nuestros ancestros les fue invaluable el uso del fuego, que necesitaron dominarlo y para cuyo fin forzosamente debieron ensayar con diferentes leños (más grandes, más chicos, de diferentes especies vegetales, etc.).

Por estas y otras muchas razones es posible afirmar que el ser humano es originalmente tecnológico, naturalmente científico. Este tipo de pensamiento crítico, que contrasta ideas con hechos, conforma entonces una de las características más genuinamente humanas; el pensamiento científico es inherente al mismo, indisociablemente constitutivo de *Sapiens* desde sus orígenes.

Diferentes creencias y un mismo origen

Por su lado, los relatos científicos ni siquiera son merecedores del crédito que otorga la inmanencia temporal de la que si gozan los relatos religiosos. Por el contrario, según planteara Thomas Kuhn en 1975, las ciencias construyen verdades perecederas (paradigmas), algunas con muy poco tiempo de existencia; todas las teorías científicas, aun las más consolidadas, tienen contados los días y serán, más temprano que tarde, renovadas o incluso reemplazadas totalmente por otros postulados que confieran mayor predictibilidad de los sucesos o mayor coherencia (Kuhn, 2012).

Sin embargo, reconocer el carácter perecedero de los enunciados científicos, incluso reconocerlos como creaciones humanas y no como subyacentes del entorno tangible, no los hace menos valiosos. No obstante, aunque la ciencia y las religiones provengan de un origen común (la necesidad de otorgar sentido a las cosas), los logros de una y otra forma de entendimiento son sustantivamente diferentes; solo con ciencia, tecnología y artefactos tecnológicos se construyen barcos, aviones y telescopios; solo con ciencia se divide el átomo; solo con ciencia se moldea la materia hasta conseguir rascacielos y satélites. La correspondencia de los relatos científicos con la realidad es, a diferencia de cualquier otro, intrínsecamente verificable y permiten (hasta cierto punto) alterar las cosas a conveniencia.

Una voz de alarma frente a un posible cambio de paradigma

Paralelamente al esfuerzo de la comunidad científica por arribar a consensos, conjuntamente con la voluntad de algunos científicos y divulgadores por inocular en la sociedad la validación fáctica como requisito indispensable en la construcción de conocimiento, una importante proporción de la sociedad debate respecto de la credibilidad de los postulados científicos, aun cuando éstos estén firmemente anclados en hechos verificados. Frecuentemente las personas rechazan o ignoran la evidencia para proteger sus valores, actitudes y visiones del mundo (Sinatra et al., 2014). Este mantenimiento de creencias, que puede ser tanto inconsciente como consciente (Hendriks & Kienhues, 2019), implica también el procesamiento de la información de manera sesgada, para lograr una conclusión acorde con los objetivos y valores personales o de determinadas organizaciones.

Este tipo de rechazo de la ciencia bien fundamentada encuentra sustento en un fenómeno que ha dado en llamarse posverdad. Si bien el posverdadismo es un concepto ciertamente amplio y no muy claramente definido, generalmente refiere a que los hechos objetivos tienen menos influencia en definir la opinión pública que los que apelan a la emoción y a las creencias personales. Este fenómeno seguramente opera en *Sapiens* desde tiempos inmemoriales, pero toma impulso en tiempos actuales catalizado por la sobreabundancia de información errónea fácilmente disponible (Wardle & Derakhshan, 2017).

Existe un antecedente que posiblemente permita al lector comprender claramente la idea que intentamos transmitir: Antonio Diéguez (2017), relata que en la década de los cincuenta proliferó en Chicago una secta autodenominada “Los Buscadores” (*The Seekers*): “La líder de la secta, Dorothy Martin, quien -según ella decía- se comunicaba directamente con los alienígenas, sobre todo con Sananda, un alienígena que era una reencarnación de Jesús, le comunicó a sus fieles que había recibido una importante revelación: el fin del mundo llegaría el 21 de diciembre de 1954, y ellos, los elegidos, serían rescatados por los alienígenas en un platillo volante poco antes del final definitivo. Muchos dejaron sus trabajos, vendieron sus casas y se dedicaron en exclusiva a prepararse espiritualmente para tal evento” (Diéguez, op. cit.: 1).

Seguramente acordaremos con el lector que el fin del mundo no llegó ese día; sin embargo, lo más relevante de esta historia es que nos invita a reflexionar: ¿Qué debería haber ocurrido si, como puede presumirse, en los discípulos de Dorothy Martin hubiera primado la dimensión racional y fáctica -que en mayor o menor grado toda persona posee? Se supone que todos deberían haber abandonado sus creencias y denunciar a la líder por el daño producido en sus vidas y propiedades. Sin embargo, nada de eso ocurrió: “Lo

que efectivamente aconteció fue todo lo contrario. Los fieles buscadores encontraron rápidamente una racionalización de los acontecimientos que no sólo no cuestionaba sus creencias, sino que las reforzaba: sus oraciones, su actitud receptiva y devota ante la llegada del fin del mundo, habían conmovido a Dios mismo (tal como Sananda se encargó de explicarle a Dorothy Martin) y éste decidió finalmente aplazar el final. La fe de los buscadores en su líder y en sus creencias recibió desde ese día un fuerte impulso. Era la prueba más clara de que tenían razón. Gracias a ellos, a la fortaleza de su fe y a sus plegarias, la profecía no se había cumplido” (*Ibídem*: 1). Según este autor, esto se conoce desde entonces como “razonamiento motivado” y tiene como corolario que cuanto más cerrada y fuerte es una creencia, más inmune es a la posibilidad de refutación.

La humanidad, en estos tiempos modernos, preñados de posverdad (terraplanismo, ovnis, anti-vacunas, creacionismo, etc.) está posiblemente -como ya ocurriera muchas veces durante la historia- frente a escenarios que puede resultar en cambios de poder entre las diferentes facetas constitutivas de lo humano. La faceta política y sus emergentes más notables (religiones, ideologías, mitos, etc.) podría imponerse y primar nuevamente sobre la faceta científica que actualmente viene dominando el escenario desde el renacimiento hasta nuestros días. Si esto ocurriera, como ya ha sucedido en el pasado, la agenda mundial podría sufrir cambios, reasignar prioridades y redefinir horizontes e ideales.

El tiempo dirá si es posible que este cambio de supremacía de facetas humanas tenga lugar en estos tiempos o si el emergente de posverdad referido es solo una inocua pirotecnia de negacionismo científico. El tiempo dirá si la sociedad quiere poner en cuarentena y reconsiderar el actual paradigma científico que en las últimas décadas ha mostrado logros sorprendentes, como internet, inteligencia artificial, producción agrícola sin precedentes, comunicaciones y transportes súper veloces, viajes espaciales, etc. En el lado negativo, es justo decirlo, la gestión del mundo bajo esta faceta científica evidencia como resultante inequívoco una sociedad de consumo desmedido, degradación ambiental y una estrecha dependencia de los sistemas de producción actuales con energías fósiles no renovables. El devenir de las cosas aclarará tal incertidumbre, solo con el tiempo lo sabremos.

Bibliografía Citada

- Diéguez, A., 2017. “Negacionismo climático: no es sólo la incultura científica”. Reseña de P. Kitcher & E. Fox Keller, *The Seasons Alter. How to Save Our Planet in Six Acts*, 2017”, *RdL (Revista de Libros)*, Segunda Época, Madrid, 6 pp. Recuperado

de: <https://www.researchgate.net/publication/321490784>.

- Hendriks, F. y D. Kienhues, 2019. “Science understanding between scientific literacy and trust: Contributions from psychological and educational research. In Science communication” (pp. 29-50). *De Gruyter Mouton*.
- Kuhn, T. S., 2012. *The structure of scientific revolutions*. University of Chicago press.
- Sinatra, G. M.; Broughton, S. H. y D. Lombardi, 2014. “Emotions in science education” (pp. 415-436). In R. Pekrun & L. Linnenbrink-Garcia (Eds.), *International handbook of emotions in education*. Routledge/Taylor & Francis Group.
- Thieme, H., 1997. “Lower Palaeolithic hunting spears from Germany” (pp 807-810). *Nature*, 385 (6619).
- Wardle, C. y H. Derakhshan, 2017. *Information disorder: Toward an interdisciplinary framework for research and policymaking*. Recuperado de: <https://firstdraftnews.com/wp-content/uploads/2017/11/prems-162317-gbr-2018-report-de%cc%81sinformation-1.pdf>x29719.

Cita: Blettler, D. C. y G. A. Fagúndez, 2023. “Disquisiciones respecto de la ciencia, la posverdad y el futuro” (pp. 109-113), *@rchivos de Ciencia y Tecnología* Nº 3, FCyT-UADER, Oro Verde.